

## DIA XXII.

## MARTIROLOGIO.

SAN VICENTE, diácono y mártir, en Valencia de España, el cual habiendo padecido prisiones, hambre, caballete, descoyuntura de los miembros, planchas y grillos de hierro encendidos aplicados á su cuerpo, y otros diferentes tormentos, en tiempo del impio presidente Daciano, voló al cielo á recibir la palma del martirio. Prudencio cantó escelentemente en un himno el ilustre triunfo de su martirio; y S. Agustín y S. Leon, papa, le celebran con grandes alabanzas. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN ANASTASIO, monge de Persia, en Roma en el monasterio de las fuentes de S. Pablo, el cual despues de haber padecido muchos tormentos, cárceles, azotes y prisiones en Cesarea de Palestina; últimamente fué degollado por orden de Cosroas rey de Persia, habiendo enviado primero setenta compañeros al martirio, los cuales fueron todos ahogados en un rio. La cabeza de este mártir fué trasladada á Roma juntamente con su venerable retrato, en cuya presencia, segun atestiguan las actas del segundo concilio Niceno, huían los demonios, y sanaban los enfermos. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VICENTE, ORONCIO Y VICTOR, en Ambrum de Francia, los cuales alcanzaron la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN GAUDENCIO, obispo y confesor, en la ciudad de Novara.

SANTO DOMINGO, abad, en Sora, esclarecido en milagros.

## SAN VICENTE, DIÁCONO Y MÁRTIR.

FUÉ S. Vicente uno de los mas ilustres mártires de la Iglesia de España, en quien se hizo mas visible quanto puede la gracia de Jesucristo: nació en Zaragoza, de una de las mejores y mas distinguidas casas del pais. Desde niño le entregaron sus padres al gobierno, y á la direccion de Valerio, obispo de la misma ciudad, que le crió en toda piedad, haciéndole instruir así en los misterios, como en las obligaciones de la religion, sin olvidar el estudio de las letras humanas. En poco tiempo aprovechó mucho Vicente; y viendo el santo prelado los progresos que hacia en todo, le ordenó Diácono de su iglesia, encargándole el ministerio de la predicacion, que no podia ejercitar el santo Obispo por razon de su avanzada edad. Desempeñóle Vicente con dignidad, y con feliz suceso, porque predicando tanto con las obras, como con las palabras, no solo enseñaba y fortalecia á los fieles, sino



S. VICENTE, M.



que tambien convertia á la fe á mucho número de gentiles.

Hacia el fin del año de 303, que fué el principio de la persecucion que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron en España, queriendo Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdiccion pertenecian Zaragoza y Valencia, señalar su celo y su actividad en que fuesen obedecidos los decretos de los Emperadores, mandó prender á Valerio y á Vicente: dando orden para que fuesen conducidos á Valencia cargados de cadenas, con la esperanza de que se desalentarian con las fatigas y con los malos tratamientos, que habia encargado se les hiciesen en el camino, y le adquiririan la gloria de haber vencido á los dos mayores héroes cristianos, que se conocian á la sazón en la nacion Española. Pero quedó no poco admirado cuando los vió en su presencia tan frescos, y tan robustos como si nada hubieran padecido, á pesar de las diligencias que se habian hecho para matarlos de hambre en tan prolijo y tan penoso viaje.

Parecióle á Daciano que para persuadir á unos hombres de aquel carácter tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad y las amenazas. Con esta idea, dirigiendo primero la palabra á Valerio; le representó que su avanzada edad estaba pidiendo de justicia algun descanso, y sus muchos achaques una vejez dulce y tranquila; que uno y otro lo hallaria, obedeciendo las órdenes justas de los Emperadores. Y volviéndose despues á Vicente, le dijo con afectada blandura: «Tú, hijo mio, estoy seguro de que no degenerarás de la nobleza de tu sangre. Tienes talento, y eres noble: con que espero te harás acreedor á las honras que la generosidad de los Emperadores se dignará dispensarte. Eres jóven, eres galan, eres generoso, eres discreto, y puedes esperar los grandes favores con que te brinda la fortuna, la cual se te presenta colmada de gracias y de dichas. Pero para merecerlas no has menester mas diligencias que no abandonar la religion de tus padres. Ven, hijo mio, ríndete á lo que ordenan los Emperadores; y no te espongas por una necia obstinacion á una muerte anticipada y afrentosa.»

El santo viejo Valerio padecia alguna dificultad en la lengua y no podia esplicarse con bastante espedicion; por lo que ordenó á Vicente que respondiese por los dos. Tomando éste la palabra, habló á Daciano con valerosa intrepidez; declarándole el bajo concepto que hacian de los demonios, transformados en dioses del imperio, y añadió: «No creas que las amenazas de la muerte nos han de acobardar, ni que las despreciables honras de la vida puedan movernos á faltar á nuestra obligacion; porque has de tener entendido que no hay cosa tan estimable, ni tan delicio-



«sa en el mundo, que se acerque de mil leguas al consuelo y á la honra de morir por Jesucristo.»

Ofendido Daciano de la generosa libertad del santo Diácono, se contentó con desterrar á Valerio, y descargó toda su cólera sobre S. Vicente. Dió orden á los verdugos para que empleasen los tormentos más crueles, y para que inventasen tambien los más terribles que pudiesen discurrir, á fin de vengar á los dioses del desprecio que se les habia hecho; y fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor exactitud y con la mayor puntualidad.

Tiéndenle al punto sobre la catasta, aplicanle los cordeles, y comienzan á tirarle los pies y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se oyó el ruido, y se percibió la dislocacion de todos los huesos; de suerte, que apenas se mantenian los miembros unidos al cuerpo, sino por medio de los nervios. Viendo el tirano que el Santo se reía de aquel tormento, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas, ó garfios acerados; lo que se ejecutó de un modo tan cruel, que se le descubrieron las costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el santo mártir lanzaria por lo menos algún suspiro, ó dejaria correr alguna lágrima; pero queriendo el Señor dar á entender á los hombres que sabe muy bien, cuando quiere, endulzar las penas y los trabajos que se padecen por su amor, hizo que el Santo sufriese este segundo suplicio con tanta constancia y con tanta alegría, como habia sufrido el primero.

Quedó atónito el tirano al ver aquella asombrosa tranquilidad del santo mártir en medio de los más vivos dolores; pero cuando le oyó hacer como burla, y chacota de la crueldad de los verdugos, y que á él mismo le desafiaba, que le hiciese sufrir todo lo que se le antojase, espumaba de cólera, teniéndolo por especie de insulto. Y sabiendo que las llagas, en dejándose enfriar, son más dolorosas si se vuelven á abrir, ordenó que fuese despedazado de nuevo: lo que se hizo con tanta crueldad, que arrancándole crecidos pedazos de carne, dejaban ver patentes las entrañas. Corrian arroyos de sangre por todas partes, y solo se miraba un esqueleto que vivia en fuerza de milagro. Comprendió bien el tirano que en aquella constancia se ocultaba alguna cosa sobrenatural, y que nunca podria vencer una fuerza tan superior á la suya. Mandó que cesasen los tormentos: pero sin querer manifestarse vencido, le ordenó que á lo menos le entregase los libros sagrados para arrojarlos al fuego, ofreciéndole la vida, si le obedecía en esto.

Vicente, con modo grato, pero santamente intrépido, respon-

dió al juez; que el fuego con que amenazaba á los libros estaria mejor empleado en el mismo Santo para acabar su sacrificio en las llamas: y tambien me veo obligado á prevenirte, añadió el invicto mártir, que algun dia arderás tú por toda la eternidad en las del infierno, si no renuncias el culto de los falsos dioses.

Apurado todo el sufrimiento de Daciano al oír tan no esperada respuesta, y no pudiendo contener la indignacion en el pecho, mandó que al instante le estendiesen en una cama de hierro ardiendo, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas encendidas.

Renovóse la alegría de Vicente á vista del nuevo tormento que le esperaba. Todo su gusto era pasar de un suplicio á otro, del ecúleo, ó del potro á las parrillas, las cuales se componian de unas barras atravesadas, no de plano, sino de esquina, abiertas en forma de sierra, y salpicadas á trechos de puas agudas, á manera de rallo. Su elevacion era de una cuarta escasa, y se colocaban sobre carbones encendidos, que estaban continuamente avivando los verdugos. Llenábanse todos de horror al ver aquel cuerpo, medio desollado, amarrado con cadenas á la parrilla, cubierto de planchas ardiendo por la parte superior, mientras por la inferior le derretia el brasero. La grasa, que el santo cuerpo destilaba, añadía mucha fuerza á la violencia del fuego: y como si aquel conjunto de tormentos no bastasen á causarle un dolor agudísimo y cruel, cuidaban los verdugos de avivarsele, llenándole de sal las llagas, y las heridas.

Permanecia Vicente inmóvil, los ojos fijos en el cielo, y el semblante risueño, adorando y bendiciendo sin cesar al Señor en aquella postura de inmolacion y de víctima. Pero como la mano del Todopoderoso se descubria tan visiblemente en la alegría, y en la constancia del santo mártir, no podia permanecer espuesto por mucho tiempo á los ojos del público un espectáculo que tanto desacreditaba el culto de los idólos. Todos admiraban la fuerza prodigiosa del paciente, y hasta los mismos gentiles clamaban que aquello no podia ser sin gran milagro. De suerte, que se vió precisado Daciano á mandar retirar al invicto Diácono, encerrándole en un oscuro calabozo, donde le tendieron para descansar sobre pedazos de hierro, con severa prohibicion de que no se le diese el menor alimento, ni el más ligero alivio. Pero el Señor tuvo providencia de su siervo; porque de repente bajó una celestial luz que disipó las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina dulzura, un consuelo de superior orden, que le inundó de alegría.



Hallóse de repente restituído á su antigua robustez, y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor, que llenaba de fragancias aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañía escuadrones de espíritus angélicos, y se dejaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor, de manera, que aquella horrorosa prision se convirtió en paraíso de delicias.

La fragancia, la música, y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas, pero quedaron atónitos, cuando vieron á Vicente sin la mas leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro, de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardas, y llegando á noticia de Daciano lo que pasaba, tomó (fuese desesperacion ó desquite) una resolucion bien estraña. Manda que al punto saquen al Santo del calabozo; ordena que le acuesten en la cama mas blanda, y mas regalada que se pueda disponer, y dar providencia para que se le cuide, sin perdonar á regalo, ni á remedio. Publicase en toda la ciudad este decreto; acuden los fieles en tropas á la cárcel; conducen al Santo como en triunfo por las calles: pero Vicente apenas entró en el regalado lecho, que se le tenia prevenido, cuando, como si fuera aquel el mayor de los tormentos, espiró, y voló su alma al cielo á recibir la corona, y el premio de su victoria; sucediendo esto el dia 22 de enero del año de 304, ó de 305.

Rabioso y fuera de sí Daciano, al verse vencido, y confundido por aquel héroe cristiano, mandó que fuese arrastrado su cadáver, y que sacándole al campo, le arrojasen en un barranco, donde sirviese de pasto á las aves, y á las fieras. Pero envió Dios un cuervo de grandeza estraordinaria, que le hizo centinela, y le defendió de los demás animales. Ordenó el tirano que le echasen en alta mar, porque no le diese culto, y careciese de ese consuelo la devocion de los fieles; pero el Señor, que se burla de todos los artificios de la humana prudencia, condujo á la orilla al santo cuerpo, y acudiendo los cristianos, le enterraron secretamente fuera de las murallas de Valencia, en el mismo lugar donde hoy es venerado en una magnífica iglesia.

El año de 542, sitió y tomó á Zaragoza Childeberto, Rey de Francia, con cuyo motivo trajo consigo la estola que habia servido al santo Diácono, y se la entregó á S. German, Obispo de París. Consérvase esta preciosa reliquia en la iglesia de S. German, que antiguamente se llamaba de S. Vicente.

#### SAN ANASTASIO, MONGE Y MÁRTIR.

FUÉ persa de nación, y antes de su bautismo se llamaba Magdat. Sirvió algun tiempo en las tropas del rey Cosroas, y despues de la toma de Jerusalem, cuando se llevaba la cruz de Cristo á Ctesiphon, quiso saber que motivo tenian los cristianos para hacer tanta estimacion de dos maderos, que habian servido para ajusticiar á un hombre. Informado de todo, y bien instruído en la religion cristiana, recibió el bautismo, y vivió algun tiempo en el monasterio de S. Anastasio, cuyo nombre tomó. Siete años empleó en los ejercicios mas humildes y mas perfectos de la vida monástica. Movido de un ardiente deseo de derramar su sangre por amor de Jesucristo, pidió y obtuvo licencia para pasar á Cesarea. Supo que ciertos soldados de la guarnicion hacian algunos maleficios: reprendiólos, y echaron mano de él. Confesó que era cristiano, y sufrió con heroica constancia azotes, palos, y todas las incomodidades de una rigurosa prision. Confortóle el Señor con una aparicion de mucho consuelo; y en fin coronó su santa vida con el martirio, habiendo sido ahorcado por la confesion de la fe el dia 22 de enero del año de 628.

#### LOS SANTOS VICENTE, ORONCIO Y VICTOR, MÁRTIRES.

DESEABA el emperador Diocleciano el aumento de su Imperio al mismo tiempo que hacerse memorable en los siglos venideros: para lo cual le pareció necesario tener propicios y favorables á los dioses romanos. Ofreciales grandes, y solemnes sacrificios, y ansioso de explorar su voluntad, les consultaba muy de ordinario; pero habiéndose detenido un idolo famoso en contestar á sus solicitudes, al fin, le manifestó por medio de un sacerdote pagano, que el motivo de no responderle siempre que era consultado era el de haber muchos justos en el Imperio. Quiso saber el supersticioso Principe quienes eran estos que con el nombre de tales vivian en sus dominios, y habiendo entendido que eran los cristianos, preponderando en su perverso corazon mas la satisfaccion que apetecia de sus falsos oráculos, que la justicia que ellos mismos publicaban de los inocentes fieles, resolvió perseguirlos con la inhumanidad propia de su impio carácter: pero no satisfecho con que en su Corte se hiciesen cada dia formidables estragos, nombro ministros de brutal condicion en todas las provincias de su dominacion, á fin de que llevasen adelante sus inicuas intenciones. Vino á España por gobernador de la provincia



de Tarragona Daciano, uno de los monstruos mas fieros que vomitó el abismo, para poner en ejecucion los injustos decretos de sus principales; y conociendo que por sí solo no era bastante para cumplir segun queria las órdenes de aquéllos, nombró vicarios, ó subdelegados pésimos en diferentes pueblos de la comprension de su departamento, para que contribuyesen al fin de su venida: de cuya clase fué uno Rufino, varon consular, que fijó su residencia en el castillo, ó fortaleza de Granalles cerca de Gerona, ciudad antigua en el principado de Cataluña.

En esta desgraciada época en que se dejó ver en la provincia de Tarragona un lastimoso teatro donde se representaban cada dia las escenas mas sangrientas, vinieron de Italia á España dos ilustres jóvenes naturales de Cimela, llamados Vicente, y Oroncio ambos profesores de la religion cristiana. Llegaron al territorio de Gerona, y encontraron entre las concavidades de unas piedras al obispo Poncio, que se habia retirado al desierto huyendo de las crueldades de Rufino, donde se ocupaba con algunos cristianos en divinas alabanzas, y en pedir á Dios auxilio en aquellas calamitosas circunstancias. Distinguiase entre todos un diácono de Poncio, varon de eminente virtud, muy conocido por su prodigiosa vida, y por la ardiente caridad con que asistia á los afligidos fieles, que se vieron en la indispensable precision de ausentarse á los páramos por no poder tener descanso alguno en las poblaciones; y esmerándose sobre todo en la piadosa costumbre de hospedar á los pobres peregrinos, recibió en esta clase á los dos célebres italianos. Conoció por su trato la pureza de su fe, no menos que el ardiente deseo que tenian de padecer martirio; y creyendo todos tres que el medio mas eficaz para lograr esta dicha era el de hacer ostentacion pública de su profesion, reunidos en unos mismos sentimientos, comenzaron á ilustrar á todos los habitantes de aquella region con la luz del santo Evangelio sin temor de las hostilidades gentílicas.

Supo Rufino los progresos que hacian en la Religion los tres esforzados militares de Jesucristo, y graduando sus procedimientos por un notorio desprecio de los edictos imperiales, se arrojó como un leon enfurecido al hospicio de Victor, en tiempo que Vicente, y Oroncio habian salido de él á orar en un monte. Sintió no hallar á los dos ilustres extranjeros en el hospicio; pero no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, habló á Victor de esta suerte: *Di, infidelisimo á los dioses, tú que no contento con despreciar los mandatos de los Príncipes del mundo, y de confesarte siervo de aquel á quien crucificaron los Judios, recibiste en tu hospicio á ciertos seductores del público;*

*di ¿donde ocultaste á estos malvados? manifiéstalos inmediatamente: pues te aseguro, que cuando no los descubras, he de hacer que padezcas los tormentos mas crueles.* Procuró Victor sosegar la cólera del tirano, haciéndole ver, que los que llamaba seductores eran unos sugetos de honor fieles observantes de las leyes divinas, en cuyo cumplimiento adoraban al Dios verdadero, y á su unigénito Hijo Jesucristo, los cuales habian salido á hacer oracion á un monte poco distante de su casa.

Marchó Rufino sin detenerse un instante en busca de Vicente, y Oroncio. Vieronle éstos venir con toda su comitiva, y creyendo, que ya habia llegado el tiempo de ofrecer al Señor el sacrificio de sus vidas, le rogaron que se dignase darles valor, y fortaleza para combatir con un enemigo tan cruel, cuyos estragos tenian dado testimonio de su barbarie. Mandóles el tirano bajar del monte prontamente, y queriéndoles sorprender, luego que se presentaron, les dijo: *Público, y notorio es, que los augustos Emperadores me han concedido facultad para que persiga á todo aquel que confiese por Dios á Jesucristo; y así os amonesto: que siendo vosotros nobles, y sabios, segun estoy informado, no olvidándoos de vuestro ilustre nacimiento, sacrificueis á nuestros dioses, en lo que os aseguro, que haréis el mayor obsequio á los Príncipes del mundo. ¿Por qué procuras, respondieron ambos, obligarnos á una accion tan sacrilega, cuando los que llamas dioses son unas vanas estatuas representativas de deidades quiméricas cuya cualidad solo puede atribuirles una necia ceguedad, como es la que ocupa el entendimiento de los gentiles? Nosotros únicamente adoramos por verdadero Dios al único Criador del cielo, y de la tierra, y de todas las cosas visibles, é invisibles: el que tiene poder para conducirnos á una eterna felicidad en compañía de los bienaventurados.*

No teniendo Rufino razones con que satisfacer á tan concisa como sabia respuesta, tomó el arbitrio de despreciar á los dos héroes, diciéndoles: *Yo creia que hablaba con algunos sugetos inteligentes; pero ahora noto vuestra ignorancia, y así os mando: que ofrezcais sacrificios á los dioses á quienes venera por tales nuestro emperador Diocleciano; pues de lo contrario os haré sufrir una muerte afrentosa.* No contestaron Vicente, ni Oroncio á la amenaza, quedándose en una agradable suspension, en vista de la cual les reconvinó el tirano: *¿Qué pensais dentro de vosotros mismos? resolvéd inmediatamente sobre lo que os propongo; pero reiterando los ilustres jóvenes la misma confesion que tenian hecha, apurado todo el sufrimiento de Rufino al considerar su inalterable constancia, mandó que fuesen de-*



capitados inmediatamente, lo que se ejecutó sin dilacion por los paganos.

Supo Victor el glorioso triunfo de los dos mártires, y ocultando sus cuerpos en su mismo aposento, pasaba en oracion la mayor parte del dia y la noche á presencia de aquellos venerables cadáveres. Manifestóle el obispo Poncio, que era voluntad de Dios que los trasladase á Italia; pero luego que llegó á entender Rufino que disponia el santo diácono lo necesario para la traslacion, siendo como era su ánimo impedir el que pudieran los cristianos tributarles la veneracion debida, mandó á sus ministros que prendiesen á Victor, y que lo condujesen á su tribunal. Fueron ejecutadas sus órdenes con la mayor puntualidad; y queriendo obligarle á que sacrificase á los ídolos, se valió de las mas terribles amenazas en caso de que se resistiese: pero el horror que causó al esforzado diácono la impiedad á que solicitaba precisarle, y la heroica constancia con que se negó á contestarla, redobló la furia y la crueldad del bárbaro juez en términos, que lleno de un furor extraordinario providenció, que le cortasen la cabeza y los brazos en el mismo lugar donde fueron degollados Vicente y Oroncio.

Viendo el padre de Victor la sangre derramada de su amado hijo, quiso huir de la furia de Rufino; pero le detuvo su mujer Aquilina esforzándolo, con un valor excesivo á la fragilidad de su sexo, á que se mantuviesen ambos constantes en la fe de Jesucristo para merecer la dicha de aquel á quien dieron el ser, cuyo glorioso triunfo tenian á la vista. Ejecutáronlo así ambos, y ofendido el tirano de la constancia, y de la fortaleza con que siguieron los pasos de los difuntos, dando orden para que los degollasen, se retiró á Gerona lleno de confusion al verse vencido por aquella ilustre comitiva.

Luego que gozó de paz la Iglesia, puso en ejecucion cierto cristiano llamado Autor la revelacion hecha al obispo Poncio sobre la traslacion de los cuerpos de Oroncio y Vicente á Italia; pero al llegar las venerables reliquias á un lugar de los Alpes llamado Ebreduno, se quedaron inmóviles los bueyes que conducian el carro. Dieron aviso al obispo Marcelo que lo era de aquel territorio de lo ocurrido. Informóse aquel prelado con este motivo del glorioso martirio de los Santos, y conociendo por la inmovilidad de los animales que era voluntad de Dios el que allí se quedasen las santas reliquias, dando al Señor repetidas gracias porque se dignaba enriquecer á su diócesi con tan precioso tesoro, los depositó en Ebreduno con asistencia de muchos clérigos, monjes, y vecinos de la comarca, que concurrieron á solemnizar aquel acto con demostraciones festivas.

No se olvidó Gerona del glorioso triunfo de los tres ilustres mártires de Jesucristo, y en reconocimiento de haber regado con su sangre aquel territorio, determinó su cabildo eclesiástico en el dia 6 de junio del año 1522, que se celebrase perpetuamente la fiesta de los Santos como hasta hoy se ejecuta con toda solemnidad.

*La oracion de la Misa es la que se sigue:*

Atiende, Señor, á nuestras intercesion de vuestros humildes súplicas, para que aventurados mártires Vicente, y Anastasio. Por nuestro Señor y Anástasio. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epístola es del cap. 5 de la Sabiduria.*

Las almas de los justos están en manos de Dios, y no les tocará el tormento de la muerte eterna. Aunque se han visto morir á los ojos de los insensatos, y se ha estimado entre ellos su salida del mundo por un colmo de afliccion, y su separacion de con nosotros por una total ruina; ellos sin embargo descansan en paz. Y si han sufrido tormento delante de los hombres, su esperanza está llena de inmortalidad. Sus males fueron ligeros, y su felicidad será grande, porque Dios les probó, y los halló dignos de si. Como el oro en el crisol los ha probado; los recibió como hostia de holocausto, y les visitará cuando llegare el tiempo. Los justos brillarán y centellearán como cuando el fuego corre por los cañaverales. Juzgarán á las naciones, y dominarán los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

#### REFLEXIONES.

¡Oh, qué bien está el que está en manos de Dios! Nadie está en las manos de Dios, que no esté en su corazón. ¡Qué estancia tan dichosa! Pues esta es la de los justos. ¡Gran Dios, qué lugar hay en el mundo mas digno de una ambicion noble y bien nacida! Ora amenaza la tempestad, ora intine estragos y terrores el pavoroso estruendo de los truenos, el justo está al abrigo; su alma está en las manos de Dios: ¿qué tiene de qué temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos,



que á los mas intrépidos los estremece. Pero como la muerte de los justos siempre es preciosa en los ojos del Señor, la ven venir no solo sin susto, pero con alegría, porque no la miran como suplicio, sino como premio: los llena de dulzura, de consuelo, y de confianza.

Su muerte en la apariencia es como la de los demás, término fatal de todas las cosas, pero es en la apariencia, y á los ojos de los insensatos; que los prudentes y los sabios juzgan muy de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro: si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¡Oh, qué gozo el de no haberse descaminado! ¿Qué consuelo mas dulce ni mas esquisito, que el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente? Los Santos sufrieron tormentos á los ojos de los hombres: parecieron afligidos y humillados: fueron maltratados y perseguidos; pero á los ojos de los hombres y no mas: todo lo áspero, todo lo duro de sus cruces estaba en la corteza, que por lo demás, en medio de los mayores trabajos lograban una esperanza llena de inmortalidad. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y lo que ahora gozan? Dichoso aquel que no cede á las pruebas que de él se hacen. No gusta Dios de siervos cobardes y pusilánimes; ¡Felices aquellos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

Mas ¡oh, y qué diferencia hay entre la muerte de los justos, y la de los que se llaman dichosos á lo del mundo! La felicidad de éstos se desvanece en su postrera hora. Grandeza, riquezas, honores, placeres, todo se sepulta con ellos: Pero al contrario, la última hora de los otros es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los Santos; su memoria está llena de bendicion; se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas: y aquellos hombres viles á los ojos del mundo brillarán por toda la eternidad como astros en el firmamento; reinarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones. ¡Qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano!

*El Evangelio es del capítulo 21 de S. Lucas.*

En tiempo que Jesucristo pronosticaba á sus discípulos la consumacion del mundo, les dijo: Cuando oyereis hablar de guerras y sediciones, no temais: pues conviene sucedan primero estas cosas, que llegue el fin de los siglos. Entonces se moverán una nacion contra otra, un reino contra otro reino, y

habrá grandes temblores de tierra por diferentes partes, pestes, hambres y señales grandes y espantosas en el cielo. Pero ante todo esto os prenderán; perseguirán y entregarán á las sinagogas y cárceles, presentándoos ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre, lo que os sucederá en testimonio (de la fe). Grabad en vuestros corazones la máxima de no pensar el como habeis de responder, pues yo os daré

palabras y sabiduría, á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Sabed que sereis entregados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos que os causarán la muerte. Y sereis aborrecidos de todos los hombres por mi nombre; pero no perecerá un solo cabello de vuestra cabeza. Y por lo mismo con paciencia poseereis (ó salvareis) vuestras almas.

#### MEDITACION.

*Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.*

PUNTO PRIMERO. — Considera, que no hay en la tierra otro verdadero mal sino aquel que él solo nos priva del verdadero bien, y del principio de todos los bienes. Tal es el pecado. Mírese por donde se mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga. Eternamente será el pecado objeto de su odio, y de su indignacion, y eternamente será materia de nuestro arrepentimiento. ¿Pues como lo puede ser ahora de nuestros deseos y nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en el mundo, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado fué el que inundó la tierra de tantas desdichas; él es el que tiene encendido el fuego del infierno; el pecado es el que hace infelices á los que son; la tranquilidad y alegría solo reinan donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y siendo todo bien, por sí mismo no puede comunicar otra cosa. Solo el pecado es quien causa todo mal privándonos de este bien. ¿Y es esta la idea que se tiene del pecado? ¿Pero dejará de ser menos malo, dejará de ser menos pecado, porque se tenga de él otra idea diferente?

Esas concurrencias de la diversion, de donde está siempre desterrada la inocencia, esos desahogos del carnaval, que si no siempre son pecado son sumamente peligrosos siempre; esos espectáculos; esas alegrías profanas, origen fatal de tanto desorden, ¿prueban por ventura que se tiene al pecado grande